

PRÓLOGO

Quizás debiera empezar explicando cómo llegó hasta mis manos el manuscrito que dio origen a este libro, pero lamento decirles que estoy autorizado a contar muy pocas cosas al respecto. Entre las múltiples condiciones que me puso el dueño del mismo (el último de una larga cadena) para permitirme leerlo primero y publicarlo después, se encuentra la obligatoriedad de mantenerle en el anonimato, así como la de omitir cualquier información que pudiera conducir a su identificación, incluyendo el nombre del pueblo donde está ubicada su casa. Sus motivos tendría.

Cuando este amigo (pues de un amigo se trata) me llevó, hace tres años ya, hasta el desván de su blasonada casa ubicada en el centro de una villa señorial de la provincia de Valladolid y, tras espantar a unas palomas que se movían por allí como reinas absolutas del lugar, abrió un antiguo y polvoriento arcón para mostrarme un misterioso manuscrito que reposaba en su interior, sepultado entre telas, ropajes antiguos y papeles diversos, noté como mi corazón se aceleraba por momentos: lo que me había contado en Sevilla podía ser cierto. Cuando extrajo el manuscrito el tiempo se detuvo; el suave olor a manzanas que inundaba la estancia había desaparecido y el aleteo de las palomas había cesado por completo; o al menos yo no lo oía.

Esa misma noche, en cuanto me quedé solo en la habitación de invitados de la casona, me enfrenté por primera vez al fantasma del arcón. En principio no me atrevía ni a tocarlo, temeroso de que fuera a desintegrarse entre mis dedos. Vi que la cuerda que debió haber mantenido anudado y compacto durante tantos años aquel conjunto de folios amarillentos estaba casi deshecha, así que con sumo cuidado retiré lo que quedaba de ella y limpié con mimo el polvo de la portada. A continuación acerqué la luz del flexo para no perderme detalle y me coloqué las gafas. El momento era mágico: estaban apareciendo las primeras letras. Leí entre susurros: «Lo que en verdad aconteció en aquel lugar de...» (lo de la Mancha se intuía, más que leía). Debajo del título estaba escrito el nombre del autor: Gaspar de Montiel, y más abajo: Año de 1628. Una vez que comencé con su lectura, ya no pude parar.

La historia que leí allí, y que es la misma que ahora tienen entre sus manos, había permanecido oculta en aquel viejo arcón por espacio de varios siglos, esperando el momento adecuado para salir a la luz y darse a conocer. Cuando empecé con la primera cuartilla, vino a mi mente algo que había leído mucho tiempo atrás: «Las obras literarias viven cuando las leen, mientras tanto languidecen, hibernan, mueren poco a poco». A aquella obra la había revivido yo, y ahora ustedes (vuestas mercedes, que diría Gaspar) van a acabar de darle el privilegio de la vida eterna.

Debo reconocer que he cometido la osadía (algunos dirán sacrilegio) de retocar algunas partes del texto antes de mandarlo a edición: a veces porque no se entendía lo que estaba escrito y otras para hacerlo más comprensible al lector de hoy; pero no teman: tan solo he retocado, he maquillado un poco al fantasma llegado desde el Siglo de Oro para ponerlo más presentable y en lo esencial he respetado su espíritu y su forma, sin más comprobaciones ni más juicios morales sobre sus contenidos de los que ya ha tenido que sufrir. Esta obra no tiene pretensiones historiográficas ni científicas. La historia en sí es bella y merece ser contada.

No debería hacerles perder más tiempo con la lectura de esta introducción, pues lo más importante de este libro es lo que escribió Gaspar de Montiel y, por ello, debo dejar que se sitúen cuanto antes en el primer capítulo, que acerquen la luz de su flexo, se transporten a la España de los Austrias y se sumerjan en el relato. Están a punto de adentrarse en una aventura que les resultará sorprendente, quizás fantasiosa en algunos pasajes, incluso irreverente en otros; pero confío en que en ningún momento les deje indiferentes, y les permita disfrutar como yo disfruté con su primera lectura.

Ya termino, pero no sin antes congratularme porque por fin la obra de Gaspar de Montiel ha visto la luz, porque todos sus desvelos y toda su lucha han encontrado (aunque algo tardíamente) la recompensa de la difusión. Quiera Dios que esto sirva también de acicate para que otras muchas obras que andan durmiendo el sueño de los justos en viejos arcones abandonados en oscuros y polvorientos desvanes o en armarios atestados de papeles o en los discos duros de los ordenadores, encuentren valedores dispuestos a arriesgarse a duras travesías por el desierto, y que,

tras superar el miedo al fracaso (que es como un monstruo de cien cabezas que acecha por las noches), y tras vencer la indiferencia de los editores, no menos aterrador que el anterior, alcancen la ventura de darlos a conocer.

Al menos él, Gaspar de Montiel, lo ha conseguido.

El autor